

El siglo americano

JUAN PABLO FUSI AIZPURÚA

Departamento de Historia Contemporánea (UCM)

RESUMEN

El siglo xx ha terminado por ser en buena medida el siglo americano. Porque, en efecto, por su poderío económico y militar, por su creatividad tecnológica y cultural, por las responsabilidades mundiales del país, por los valores últimos en que se fundamenta la sociedad norteamericana, Estados Unidos acabarían hegemonizando el siglo. Este artículo se centra sobre todo en la paradoja que supone que hegemonía mundial, afluencia económica e hipermodernidad hayan generado en la sociedad norteamericana un clima de malestar moral, de neurosis colectiva, con manifestaciones extraordinarias: problemas raciales, bolsas de pobreza, criminalidad...

ABSTRACT

The XXth century has been often described as the American Century. Economic growth, military might, technological and scientific superiority, cultural creativity, combined to make the U.S.A. the first world superpower after 1945. This article argues that the U.S.A. are somehow like a metaphor of contemporary world. On the one hand, the U.S.A. became the ideal type of an open, democratic society. On the other hand, world hegemony, economic affluence and hypermodernity seem to have created a climate of moral malaise, of collective neurosis, as exemplified by racial problems, poverty, juvenil delinquency and the many problems that hunted America through the century.

En un conocido ensayo escrito en 1941, Henry Luce, el fundador del semanario *Time* (fundado en 1923), definió el siglo xx como «el siglo americano». Usó la expresión, no para definir una situación de hecho —pues en 1941 el siglo xx no era todavía, en rigor, el siglo americano—sino como una forma de propaganda: para tratar de convencer a la opinión pública norteamericana, siempre reacia a toda política mundial que alterase el tradicional

aislacionismo internacional del país, de la necesidad de entrar en la guerra mundial y luchar por la libertad del mundo. La expresión hizo pronto fortuna, y con razón: por su poderío económico y militar, por su creatividad tecnológica y cultural, por la responsabilidad «globalista» de sus dirigentes —Woodrow Wilson, F. D. Roosevelt, Kennedy...—, por los principios que inspirarían la política norteamericana (libertad, individualismo, populismo, igualitarismo, economía de mercado: lo que Lipset definiría como el *exceptionalism americano*), los Estados Unidos hegemonizarían el siglo xx como Gran Bretaña había hegemonizado el siglo xix y otros imperios, siglos anteriores¹.

Pese al anti-americanismo que se extendió en ciertos medios intelectuales europeos y latinoamericanos en la década de 1960 como consecuencia sobre todo de la intervención norteamericana en Vietnam, muchos analistas (historiadores, politólogos, sociólogos, comentaristas políticos) atribuirían el progreso norteamericano a lo largo del siglo a la fuerza de una sola idea: la idea de libertad². En otras palabras, dos causas esenciales explicarían (y definirían al tiempo) la ascendencia norteamericana en el siglo: 1) la capacidad de su sistema político, de la democracia americana, para adaptarse a los formidables cambios demográficos, económicos, sociales y morales que el país iba a experimentar a lo largo del siglo xx; 2) el idealismo último que —pese al poder imperial y al hegemonismo estratégico, militar y económico ejercidos— inspiraría la política exterior norteamericana en dicho tiempo. Desde luego, los Estados Unidos serían en el xx el paradigma de «sociedad abierta»; en buena medida también, su ascendencia internacional, la influencia global que sobre todo desde 1945 ejercerían, no respondió ni a la voluntad de conquista y expansión territoriales (como los imperios europeos del xix) ni a consideraciones diplomáticas convencionales (balanza de poder, zonas de influencia, etcétera), sino que estuvo siempre acompañada de y fundamentada en una visión idealizada del orden mundial, visión construida sin ninguna duda sobre la propia ideología norteamericana y orientada a la expansión de los valores esenciales de la misma: democracia política y capitalismo económico, como fundamentos de la libertad (de ahí, la obsesión por la contención del comunismo en la «guerra fría») y de la prosperidad internacionales³.

Fuese como fuese, los cambios que los Estados Unidos experimentarían a lo largo del siglo iban a ser estupefacientes. La población pasaría de unos

¹ La tesis de Lipset en: Lipset, Seymour Martin: *American Exceptionalism*. New York, Norton, 1996.

² Una espléndida apología de los Estados Unidos en Evans, Harold: *The American Century*. New York, Alfred A. Knopf, 1999. Se trata con todo de un libro saturado de información imprescindible. Además, La Feber, Walter, y Polenberg, Richard: *The American Century: A History of the US Since the 1890s*. New York, Wiley, 1979.

³ Una visión general, y crítica, de la política exterior norteamericana en su conjunto en La Feber, Walter: *The American Age: US Foreign Policy at Home and Abroad since 1750*. New York, Norton, 1989.

62,9 millones en 1890 a 248,7 millones de habitantes de 1990; la inmigración anual, de 455.132 personas en 1890, a 1.536.000 en 1990; la esperanza de vida, de unos 46 años (1890) a cerca de 71 años (1990); el porcentaje de población con derecho a voto, del 26,9 por 100 de la población total en 1890, al 76 por 100 en 1990; el PIB, de 13,1 billones de dólares en 1890 a 5.567,8 billones de dólares en 1990 (y la renta per capita, de 280 dólares en 1890 a 22.276 dólares en 1990, en dólares de 1990). Unos 23,5 millones de personas emigraron a Estados Unidos entre 1880 y 1920 (en su mayoría de países de centro y este de Europa e italianos), y otros 22 millones, entre 1950 y 1990 (esta vez, con altos porcentajes de «hispanos» o latinoamericanos, y «asiáticos», esto es, chinos, coreanos, vietnamitas...). En 1998, la población de origen europeo suponía el 74 por 100 de la población norteamericana, los negros (22 millones) el 12 por 100 (porcentaje casi idéntico al de 1890), los «hispanos» el 10 por 100 y los «asiáticos» el 3 por 100, y se estimaba que, dadas las tasas de crecimiento de los distintos grupos étnicos, los hispanos llegarían al 25 por 100 de la población en el año 2050, y los asiáticos, al 8 por 100. En 1900, Nueva York tenía 4,2 millones de habitantes, Chicago 1,7 millones, Los Angeles 310.000; en 1950, Nueva York alcanzaba los 12,3 millones, Chicago 4,9 millones y Los Angeles 4 millones; en 1985 Nueva York tenía 20,8 millones de habitantes y Los Angeles 12,4 millones.

1. CRECIMIENTO, PROGRESO, DEMOCRACIA

Ese crecimiento no fue resultado de los numerosos recursos naturales y demográficos de los Estados Unidos: los recursos en 1900 de Rusia o China, o de los imperios europeos, no eran menores. Las razones del crecimiento norteamericano radicarían, ante todo, en la misma forma de vida americana. Los Estados Unidos iban a ser a todo lo largo del siglo XX un mercado unificado y orientado al consumo de masas y, como se acaba de decir, iban a ser también —salvo en la década de 1930— un país de inmigrantes. La filosofía básica del país sería siempre contraria a todo dirigismo económico y a todo intervencionismo estatal en la economía: de hecho, sólo en la década de 1930, los años de la Gran Depresión —la peor en la historia norteamericana—, la administración central asumiría amplias responsabilidades en materia de reconstrucción financiera y reestructuración económica. Por lo demás, los Estados Unidos nacieron como y siguieron siendo un país basado en el principio de iniciativa y responsabilidad individual de los ciudadanos, no una sociedad dependiente o de la protección o de los subsidios del Estado.

De ahí, una primera conclusión; el desarrollo norteamericano del siglo XX fue mucho más el resultado de la actividad de la propia sociedad civil que de la acción de los gobiernos, acción siempre vista con extraordinario recelo por la sociedad. El hecho de que la Presidencia de la República, elegida por elección popular dentro de un sistema de partidos, fuese la clave del sistema político nor-

teamericano —los Estados Unidos serían una República plenamente presidencialista— resultaría siempre en buena medida engañoso: el liderazgo presidencial norteamericano nació como (y así se mantuvo) un liderazgo exclusiva o preferentemente político. Para el crecimiento de los Estados Unidos del siglo xx fueron mucho más determinantes los Rockefeller, Carnegie, el magnate del acero, Mellon, el hombre fuerte de la industria del aluminio, Ford, la General Motors, Kodak, J. P. Morgan, el Chase Manhattan Bank, Sears, Citybank, American Express, A.T.T. (la gran empresa de comunicaciones), Hollywood y las industrias del ocio, las compañías de aviación y de fabricación de aviones, las grandes productoras de petróleo, tabaco y alimentos, las industrias químicas, IBM, y las empresas electrónicas de alta tecnología de los años ochenta y noventa, que los Presidentes del país. Ciertamente, las presidencias de Theodore Roosevelt, Woodrow Wilson, F. D. Roosevelt y John F. Kennedy, hombres de extraordinario dinamismo político e innegable capacidad de liderazgo, fueron presidencias fuertes; los presidentes Harding, Coolidge y Hoover (1921-1933), Eisenhower (1953-61) y Reagan (1981-89), todos ellos republicanos, entendieron por el contrario que el mejor gobierno posible era el menor gobierno posible.

En cualquier caso, lo que hizo que el siglo xx fuese el siglo americano fue el papel determinante de los Estados Unidos en la II Guerra Mundial. Importa decisivamente entender, por ello, que los Estados Unidos de 1939-45 no habían nacido ni de las colonias puritanas del siglo xvii ni del Sur esclavista y aristocratizante ni de la expansión al Oeste del siglo xix. Los Estados Unidos del siglo xx nacieron entre 1880 y 1920: 1) de la primera gran oleada de inmigración masiva de Europa, que hizo de los Estados Unidos un *melting pot*, un crisol de pueblos y razas, según la expresión afortunada, título de una obra de teatro de 1906 de Israel Zangwill; y 2) del formidable proceso de industrialización que en aquellas décadas experimentó el país.

País mayoritariamente agrario todavía en 1880, los Estados Unidos eran en 1914 el primer país industrial del mundo. El éxito norteamericano (la población se duplicó en ese tiempo; la producción agraria se triplicó, la producción de acero pasó de 70.000 toneladas en 1870 a 31 millones de toneladas en 1913; la de carbón, de 29,9 millones a 517,1 millones de toneladas en el mismo tiempo) fue el éxito —lo acabo de decir— de la iniciativa privada. La capacidad de innovación tecnológica del país fue así decisiva: la rotativa, las destiladoras, la máquina de coser, el ascensor, el coche-cama, la máquina de escribir, el celuloide, la lavadora, la leche condensada, el tractor de gasolina, el teléfono, el fonógrafo, el micrófono, las bombillas incandescentes, el ventilador eléctrico, las cajas registradores, la sacarina, el papel-película, la bakelita y distintos tipos de armas, fueron algunas de las invenciones norteamericanas de los años 1870-1914. Estados Unidos estuvo a la cabeza de la segunda revolución industrial, la revolución de la electricidad, el acero y la industria química y de los inicios del automóvil (Ford creó su compañía en 1903; en 1910 había ya, en Detroit, 60 empresas de fabricación de automó-

viles). En 1901, la U.S Steel Corporation (con sus 758 siderurgias) era ya la primera empresa mundial del sector; hacia 1890, la Standard Oil (petróleo, barcos, oleoductos, grupos financieros...) era la organización industrial más fuerte del mundo.

Crecimiento económico y desarrollo social distaron mucho de ser homogéneos. Los desequilibrios económicos entre los distintos estados fueron inmensos, especialmente en el *viejo Sur*, anclado en el subdesarrollo y la pobreza hasta la década de 1960: unos 2 millones de negros abandonaron el Sur entre 1880 y 1920, la mayoría a los nuevos *ghettos* creados en las zonas y barrios pobres y marginales de las grandes ciudades del Norte. Las divisiones y tensiones sociales provocadas por el propio crecimiento económico e industrial y por la inmigración masiva de trabajadores europeos (recuérdese: 23,5 millones entre 1880 y 1920) fueron igualmente extraordinarios. La cuestión racial, por una parte; y por otra, la violencia y dureza de las numerosísimas huelgas que afectaron al país hasta prácticamente la I Guerra Mundial (si se quiere: la dureza de la lucha por la vida, las condiciones de miseria y explotación con que los trabajadores inmigrantes y autóctonos tuvieron que enfrentarse), pusieron de manifiesto las formidables contradicciones del país, dieron un carácter casi épico a aquel gigantesco esfuerzo colectivo que fue la expansión de los Estados Unidos en las décadas citadas.

Ni ello —ni tampoco la corrupción electoral, endémica hasta la década de 1930— pusieron en ningún momento en cuestión el sistema político norteamericano. Pero dio lugar a un amplio movimiento de reforma moral de la sociedad —una de las formas de actuación pública casi consustanciales a la historia del país—, impulsado sobre todo por el periodismo (publicaciones como *McClure's*, *Cosmopolitan* y otras; periodistas como Lincoln Steffens o Ida M. Tarbel; incluso una novela como *La jungla*, 1906, de Upton Sinclair, cuya denuncia de las industrias cárnicas de Chicago dio lugar a que el Congreso aprobase legislación específica sobre control e inspección de alimentos y medicinas) y por las actividades e iniciativas individuales de lo que cabría llamar el humanitarismo social.

Estados Unidos vivió en realidad entre 1900 y 1920 una verdadera *era progresiva*⁴ en la que, a impulsos de aquel amplio movimiento social reformista, se irían adoptando numerosas medidas legislativas en defensa de los derechos de los trabajadores, mujeres y población negra, y de las libertades civiles y constitucionales, a favor de la limitación y control del poder de las grandes empresas, en contra de la corrupción política y de la ampliación del derecho de voto (incluido el sufragio femenino, concedido finalmente, tras 52 años de luchas, en 1920, si bien algunos estados lo había aceptado mucho antes), y en beneficio de una regulación ordenada de la vida urbana y sus problemas (higiene colectiva, seguridad ciudadana, viviendas, criminalidad, educación, parques pú-

⁴ El estudio clásico es Hofstadter, Richard: *The Age of Reform*. New York, Alfred A. Knopf, ed. 1989.

blicos, centros comunitarios para inmigrantes, creación de jardines de infancia, distribución gratuita de leche para los niños en las escuelas públicas, escuelas de artes y oficios, campamentos de verano, prohibición de la venta y consumo de bebidas alcohólicas —medida adoptada en 1919—, control de la calidad de alimentos, etcétera). Se introdujeron, así, en numerosos estados las elecciones primarias directas, sistemas de referendun y voto secreto, medidas para el procesamiento por fraude de cargos públicos y jueces; Wisconsin, Nueva York, California, New Jersey, aprobaron importantes medidas legislativas sobre control de empresas, espacios públicos, hospitales, contaminación industrial o reservas naturales.

Ello no puso fin a los problemas de la sociedad americana. El racismo organizado, el Ku Klux Klan, reapareció hacia 1915 y desplegó una gran (y siniestra) actividad en la década de 1920; el crimen organizado, el *gansterismo*, prosperó mediante la venta clandestina de alcohol tras la prohibición de éste a partir de 1919. Como mostró la «literatura negra» de los años 20 y 30 (Hammett, Ellery Queen, Raymond Chandler,...), criminalidad y corrupción policial y municipal eran casi endémicas.

Pero, con todo, la política y la vida colectiva cambiaron sustancialmente en unos pocos años. Theodore Roosevelt (presidente en funciones entre 1901 y 1904, y presidente electo entre 1904 y 1908) y Woodrow Wilson (presidente entre 1913 y 1920) devolvieron a la Presidencia la dimensión verdaderamente nacional que no había tenido desde Lincoln. Theodore Roosevelt —neoyorkino, vitalista, gran amante de la naturaleza (creó a partir de 1908 los grandes parques nacionales del país), culto, militarista, nacionalista apasionado (pero también, anticolonialista y muy pragmático en política internacional)—, aún detestando a los reformistas y al periodismo radical, entendió que el país necesitaba ante todo un liderazgo fuerte que ordenara, precisamente, el crecimiento desordenado que venía experimentándose desde finales del siglo XIX. Wilson —presbiteriano del Sur, profesor de historia y ciencia política en Princeton—, un político impregnado de un fuerte sentido mesiánico sobre el destino de los Estados Unidos y que concebía la Presidencia como un liderazgo moral e idealizante, desarrolló una amplia labor legislativa orientada a reforzar los fundamentos democráticos de la tradición política norteamericana: elección directa de los senadores, derecho de huelga y negociación colectiva, sufragio femenino...⁵

La política norteamericana cambió también en otro sentido: los Estados Unidos entraron en el siglo XX como un poder mundial. En 1898, derrotaron de forma fulminante a un poder europeo, España, en la guerra desencadenada por el conflicto colonial de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. En 1917, soldados norteamericanos luchaban por primera vez en la historia en Europa; en 1919,

⁵ Para Th. Roosevelt, véase Mowry, George E. : *The Era of Theodore Roosevelt 1900-1912*. New York, Harper Torchbooks, 1958; sobre Wilson, Link, Arthur: *Woodrow Wilson and The Progressive Era 1910-1917*. New York, Harper Torchbooks, 1954.

el presidente Wilson decidía, tras la I Guerra Mundial, el nuevo orden internacional, y lo hacía según la visión idealista norteamericana del mundo: sobre la base de la creación de una Sociedad de Naciones entendida como una asamblea democrática de naciones soberanas, donde la cooperación internacional, el arbitraje y la democracia abierta deberían garantizar la paz internacional.

Aunque el anexionismo territorial norteamericano fuera comparativamente insignificante, el formidable crecimiento industrial, económico y financiero del país hizo que los Estados Unidos no pudieran permanecer aislados de la política mundial: 1) ni en las áreas de influencia determinadas por la propia geografía del país (por un lado, el Caribe, México y Centroamérica, donde los Estados Unidos intervendrían reiteradamente, no al servicio de políticas neo-colonialistas, sino como garantía de orden y estabilidad; por otro, Asia, donde, frente a las ambiciones europeas y japonesas sobre China y el Pacífico, EEUU mantendría una política de contención y equilibrio); 2) ni en el ámbito internacional global, en parte como resultado de su papel cada vez más hegemónico en la economía mundial, en parte arrastrados por el juego internacional de las potencias.

Así, cuando estalló la I Guerra Mundial, los Estados Unidos proclamaron su neutralidad; enseguida, sin embargo, las fuertes vinculaciones entre la economía norteamericana y la europea, el peso de la herencia cultural anglosajona y la lógica de la guerra (sobre todo, una vez que la guerra submarina alemana dirigida contra Gran Bretaña golpease también, directamente, a barcos norteamericanos) decidieron al presidente Wilson a entrar en la guerra. La posición norteamericana fue, en cualquier caso, inequívoca: los Estados Unidos aspiraban a crear, tras la guerra, un nuevo orden internacional basado en una organización internacional colectiva y democrática como garantía de la paz, y en el derecho al autogobierno de pueblos y nacionalidades. Con todas las contradicciones y limitaciones que se quiera, eso fueron, en 1919, la Sociedad de Naciones —en la que los Estados Unidos, irónicamente, no participaron al imponerse el voto aislacionista del Senado sobre los deseos del Presidente— y desde 1945, las Naciones Unidas.

2. F. D. ROOSEVELT⁶

No resultaría, pues, sorprendente, que, desde que en 1939 empezó la II Guerra Mundial, Churchill, el *premier* británico, estuviese convencido de que,

⁶ La bibliografía sobre F. D. Roosevelt es inundatoria. Una amplísima biografía es Davis, Kenneth S.: *FDR: The Beckoning of Destiny 1882-1928*. New York, Random House, 1979; del mismo: *FDR: The New York Years 1928-1933*. New York, Random House, 1983; del mismo, *FDR: The New Deal Years 1933-1937*. New York, Random House, 1986. Además, Leuchtenburgh, William D.: *Franklin D. Roosevelt and the New Deal*. New York, Harper Torchbooks, 1963.

antes o después, el *nuevo mundo*, los Estados Unidos, irían al rescate y liberación del *viejo mundo*, como dijo en los Comunes el 4 de junio de 1940. Churchill acertó. La entrada de los Estados Unidos en la guerra (diciembre de 1941) decidió la contienda. Ello se debió en buena medida al liderazgo de su presidente, Franklin D. Roosevelt, encarnación casi perfecta de las cualidades de dinamismo, energía, optimismo, idealismo y sentido del destino que el estereotipo atribuye (o atribuía) al pueblo norteamericano.

Roosevelt, un patricio neoyorkino, pariente del anterior presidente Roosevelt, Theodore (y casado con una sobrina de éste, Eleanor), licenciado en leyes por Harvard, subsecretario de Marina entre 1913 y 1920, ex-gobernador de Nueva York (1928-32) y Presidente de su país desde 1933, fue, pese a todo, un hombre contradictorio. Ciertamente, irradiaba optimismo y confianza, tenía un gran encanto personal (que no perdió pese a quedar paralizado de las piernas por la poliomielitis desde 1921) y era excepcionalmente intuitivo e inteligente. Pero era un hombre de ideas superficiales y simples (Dios, la democracia americana, la lealtad, el honor, el servicio a la nación), un hábil y hasta cínico manipulador de amigos y colaboradores políticos, carecía de preocupaciones intelectuales y conocía mal la historia y el mundo.

Cuando llegó a la presidencia en 1933, carecía de programa. El *New Deal*, su respuesta a la gravísima crisis económica y social que los EE.UU. atravesaban desde 1929 (colapso de la bolsa de Nueva York, cierre de unos 5.000 bancos en tres años, paralización de la construcción y de la industria, hundimiento del sector agrícola, 12-15 millones de desempleados, violencia social, huelgas,...), fue una gran improvisación. Pero su liderazgo y optimismo fueron providenciales. Devolvieron al país la confianza en su capacidad y en su futuro. Ello fue importantísimo y no sólo para Norteamérica: la recuperación hizo posible que los Estados Unidos fueran el «arsenal de la democracia» durante la II Guerra Mundial.

El *New Deal* pasó de ser una frase a un programa articulado de reformas económicas y sociales. La Ley de Emergencia Bancaria y la Ley Económica, ambas de marzo de 1933, crearon un servicio de garantía estatal de depósitos que permitió sanear muchos bancos. En ese mismo mes, se creó la Dirección Federal de Ayudas Urgentes que concedió préstamos a los estados más afectados por el desempleo. La Dirección de Regulación Agrícola, creada en mayo, proporcionó subsidios y créditos a los agricultores; el Servicio de Crédito a los Agricultores refinanció las hipotecas sobre las granjas. En junio de 1933, se estableció la Dirección para la Recuperación Nacional, para regular el mercado del trabajo y la competencia empresarial. La Ley de Valores, de mayo, regularizó el funcionamiento de la Bolsa. La Dirección de Obras Sociales (febrero de 1934) emprendió numerosas obras públicas que dieron empleo a unos 2 millones de personas; la Dirección del Valle de Tennessee, una obra gigantesca cuya realización llevó varios años, transformó de raíz la cuenca de aquel río mediante la construcción de pantanos, la potenciación del regadío y de la electrificación y el fomento del turismo; el Cuerpo Civil de Conservación, creado en noviembre de 1933, dio em-

pleo a unos dos millones de jóvenes en trabajos de reforestación, vigilancia y conservación de espacios naturales y lucha contra epidemias y plagas. Dentro del segundo *New Deal* (1935-38), se crearon una Dirección para la Recolonización, que ayudó al asentamiento de campesinos en tierras nuevas, y una Dirección de Obras Públicas, que construyó autopistas, puentes y aeropuertos y dio empleo a unos 8 millones de personas; la Ley Wagner de julio de 1935 reforzó el poder de los sindicatos en las estructuras de las empresas; en agosto de 1935, se aprobó la Ley de Seguridad Social, que estableció pensiones de vejez y de viudedad y subsidios de desempleo; la Ley de Prácticas Laborales (1938) instituyó el salario mínimo y fijo la jornada laboral en 40 horas semanales.

El *New Deal*, aunque no consiguió todos sus objetivos, fue una verdadera revolución institucional. Palió la miseria rural, dio empleo temporal a millones de personas, electrificó la Norteamérica rural, sentó las bases del Estado del bienestar y desplazó el poder en beneficio de los sindicatos y trajo considerables beneficios a las minorías étnicas de las zonas depauperadas de las grandes ciudades. Roosevelt —ése fue su gran acierto— hizo de la presidencia la encarnación de las aspiraciones sociales de la nación.

A partir de 1941, el liderazgo de Roosevelt inspiró y sostuvo el extraordinario esfuerzo norteamericano en la guerra. En ésta, dejó todas las decisiones estratégicas en manos de los militares: el general Marshall, el almirante King —sus dos hombres de confianza—, Eisenhower, Nimitz, Bradley, MacArthur, Leahy. Pero le correspondieron, lógicamente, las grandes decisiones políticas (en las que le ayudó, sobre todo, su asesor Harry Hopkins): dar prioridad a la guerra contra Alemania (y no contra Japón), una decisión poco lógica desde la óptica norteamericana; llevar la guerra en 1942 al Mediterráneo, antes que al norte de Francia, opción discutible desde muchos puntos de vista; optar en 1944 por el desembarco en Normandía, frente a la tesis de Churchill de actuar contra Alemania desde el Mediterráneo (Italia, los Balcanes).

Roosevelt forjó una gran amistad con Churchill, base de la alianza británico-norteamericana en la guerra. De hecho, dió particular importancia al mantenimiento, a cualquier precio, de la unidad política de los aliados —la URSS incluida—, incluso si ello supuso en ocasiones concesiones a Stalin, el legado más controvertido de su gestión. En la conferencia de Teherán (diciembre de 1943), pareció admitir, a cambio de la ofensiva del Ejército Rojo sobre Alemania, que la región báltica y el este de Europa pudieran ser zonas de influencia soviética; en Yalta (febrero de 1945), Stalin impuso sus tesis sobre la ocupación de Alemania y sobre las fronteras entre la URSS y Polonia y entre ésta y Alemania, logró, como contrapartida a su aceptación del nuevo organismo internacional, que Ucrania y Mongolia tuvieran voto propio en las futuras Naciones Unidas, y consiguió que se le entregaran las islas Kuriles y una zona de ocupación en Corea (cuando la URSS no había entrado aún en guerra contra Japón, aunque prometió hacerlo precisamente en aquella conferencia).

Roosevelt aceptó todo ello (Churchill, en cambio, veía con alarma el expansionismo soviético) porque su idealismo le hizo creer que el mundo de la

posguerra —que pensaba sería un mundo democrático y libre— podría vivir en paz sobre la base de las Naciones Unidas. Fue el único presidente norteamericano en la historia elegido para cuatro mandatos. No pudo completar el último, ni ver el triunfo de los aliados: murió de un derrame cerebral (en brazos de una amante secreta) dos meses antes de terminar la guerra.

3. LA HEGEMONÍA MUNDIAL

El esfuerzo y contribución de los Estados Unidos a la II Guerra Mundial fueron sencillamente colosales: movilización de 12 millones de hombres y mujeres, construcción de 300.000 aparatos aéreos, 8.200 buques de guerra y 86.300 tanques, gasto de unos 350 billones de dólares, muerte de unos 274.000 soldados. Los norteamericanos interiorizaron aquella guerra como una «guerra justa», como la guerra probablemente más justa de toda su historia. El mundo de la posguerra no iba a ser, sin embargo, el ideal de paz y democracia anticipado por Roosevelt y sobre el que la propaganda oficial había sostenido el esfuerzo del pueblo norteamericano.

Los Estados Unidos serían sin duda a partir de 1945 el primer país del mundo, la primera superpotencia, incluso, en muchos sentidos, la «utopía realizada», como diría el filósofo francés Jean Baudrillard en su ensayo *América*, publicado en 1986. La historia del país en la segunda mitad del siglo estaría, con todo, jalonada —como veremos a continuación— por profundas contradicciones, graves crisis y realidades negativas, que desacreditarían a menudo la imagen y la valoración de su sistema político y social, y que suscitarían un amplio y a veces apasionado debate sobre la naturaleza misma de la sociedad norteamericana. Cuatro circunstancias, en cualquier caso, definirían esa historia: a) un espectacular crecimiento económico (aún con periodos de crisis e inestabilidad), tecnológico, demográfico y cultural; b) la alternancia de ciclos de gobierno conservadores y liberales; c) la confrontación con la Unión Soviética y el mundo comunista, esto es, la «guerra fría» (1946-1989); d) la crisis de la propia conciencia norteamericana, provocada sobre todo por la guerra de Vietnam (1964-75), pero también por importantes sucesos internos como los asesinatos del presidente Kennedy en 1963, del líder negro Martin Luther King y del senador Robert Kennedy en 1968, y el «escándalo Watergate» y la dimisión del presidente Nixon en 1974⁷.

⁷ Sobre los ciclos en la política americana, véase Schlesinger, Arthur M. Jr.: *The Cycles of American History*. Boston, Houghton Mifflin Company, 1986. Para Schlesinger, los años 50 y los años 80 fueron ciclos de «restauración conservadora»; los años 60, los años de Kennedy y la Nueva Frontera y de Lyndon B. Johnson y la Gran Sociedad, un ciclo dinámico y progresivo. Para la segunda mitad del siglo son útiles los siguientes trabajos: Leuchtenburg, William E.: *In the Shadow of FDR: From Harry Truman to Bill Clinton*. Ithaca, New York, Cornell University Press, 1993; Hochman, Stanley y Eleanor: *The Penguin Dictionary of American History. 1945 to the Present*. Penguin Reference Books, 3.ª ed. 1997.

En efecto, la guerra mundial había permitido la definitiva recuperación de la economía norteamericana tras la crisis de 1929. Pese a algunas crisis coyunturales, los años 1945-70 fueron un periodo de crecimiento y estabilidad sin paralelo en la historia económica del país. En términos reales, el PIB se duplicó en esos años; la renta per capita aumentó en un 60 por 100. La población creció de 132 millones en 1940 a 212 millones en 1974, de ellos 16 millones de inmigrantes. Con el 6 por 100 de la población mundial, en 1970 los Estados Unidos producían el 25 por ciento del carbón mundial, el 21 por 100 del petróleo y el 30 por 100 del trigo, sus exportaciones representaban el 14 por 100 del comercio mundial y eran, no sólo el primer país industrial del mundo sino además, el primer productor de alimentos (aunque la población agraria había pasado de unos 30 millones en 1940 a unos 9 millones en 1974). El valor de las inversiones directas de capital norteamericano en el extranjero se estimaba en 1970 en 78.100 millones de dólares, invertidos preferentemente —como era lógico pero contra lo que dirían los tópicos del anti-americanismo— en Europa (24.500 millones) y Canadá (22.800 millones). Cuatro factores fueron determinantes en aquel crecimiento norteamericano: altísima productividad, fuertes inversiones de capital, permanente innovación tecnológica y espectacular aumento del consumo de masas. La posguerra, en efecto, fueron los años del automóvil, los electrodomésticos, la vivienda suburbana, la televisión y los centros comerciales; del crecimiento de las clases medias y de los trabajadores de «cuello blanco».

El ideal norteamericano tras la desmovilización de 1945 —desmovilización que afectó a unos 8 millones de soldados y costó cerca de 13 billones de dólares— fue sin duda el retorno al aislacionismo tradicional. La «guerra fría» lo hizo imposible. Surgida básicamente por dos razones —superioridad nuclear norteamericana puesta de manifiesto en los momentos finales de la II Guerra Mundial con el lanzamiento (agosto de 1945) de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki; expansionismo soviético, con implantación de regímenes comunistas en Europa del Este, amenaza comunista en Grecia y Turquía (1944-47) y victoria en China en 1949—, la «guerra fría» condicionó las relaciones internacionales y la política exterior norteamericana prácticamente durante toda la segunda mitad del siglo⁸.

Ello llevó a los Estados Unidos a asumir un permanente papel mundial, traducido de forma inmediata en la Doctrina Truman (1947: política de «contención del comunismo» y asistencia militar y económica a todos los países frente a la amenaza de la URSS), en el Plan Marshall (13,5 billones de dólares de ayuda para la recuperación europea entre 1948 y 1951) y en la creación en 1949 de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), una alianza mili-

⁸ Véase, entre muchos otros, La Feber, Walter: *America, Russia and the Cold War 1945-1990*. New York, Mc Graw-Hill, 1991; Yergin, Daniel: *Shattered Peace: The Origins of the Cold War and the National Security State*. Boston, Houghton Mifflin Company, 1977; Gaddis, John Lewis: *We Now Know: Rethinking Cold War History*. Oxford University Press, 1997; Isaacs, Jeremy, y Downing, Taylor: *Cold War*. London, New York, Bantam Press, 1998.

tar defensiva integrada inicialmente por doce países (cuya aprobación, con todo, suscitó una muy fuerte oposición por parte de los sectores aislacionistas del Senado y Congreso norteamericanos). El presidente Eisenhower (1953-61) añadió, por su parte, nuevas alianzas defensivas en el Pacífico y el Sudeste asiático, y numerosos pactos bilaterales con países de significación anticomunista (como la España de Franco, en 1953) y tras 1956, la «doctrina Eisenhower», ayuda militar y económica a los países de Oriente Medio contra la «agresión». Kennedy (1961-63) combinó el reforzamiento norteamericano vía el desarrollo de armas nucleares, con una política de mayor igualdad con sus aliados en el interior de las distintas alianzas militares, y programas de ayudas al desarrollo a los países subdesarrollados (como la Alianza para el Progreso para América Latina).

La «guerra fría» fue, pues, un conflicto global, con crisis especialmente graves en Corea (1950-53), Hungría (1956), Cuba (crisis de los misiles, octubre de 1962) y Vietnam (1964-75). Conoció ciertamente etapas de *distensión*, asociada desde la perspectiva de los Estados Unidos a los años de Nixon y Kissinger (1967-75), y etapas de negociaciones sustantivas (como los Tratados de Limitación de Armas Nucleares, 1969-79, o el Acta de Helsinki de 1975). Pero registró también momentos de retroceso y resurgimiento de la tensión (invasión soviética de Afganistán, instalación de misiles soviéticos en Europa y triunfo de la revolución en Nicaragua en 1979; instalación de misiles norteamericanos en Europa a principio de los ochenta; anuncio por el presidente Reagan de la Iniciativa de Defensa Estratégica en 1983), hasta el giro hacia la liberalización y la reducción de la tensión global que se produciría en la Unión Soviética tras la llegada al poder de Gorbachov en 1985, giro decididamente apoyado por los presidentes Reagan y Bush: en todo caso, sólo en diciembre de 1989 pudieron Bush y Gorbachov declarar el fin de la era de la confrontación.

La «guerra fría» fue, además, guerra real y abierta en más de una ocasión. Así, los Estados Unidos entraron de nuevo en guerra en 1950, en Corea, cumpliendo con el mandato de las Naciones Unidas que acordaron repeler la agresión unilateral (25 de junio de 1950) de Corea del Norte, país comunista, contra Corea del Sur. No fue un conflicto menor: murieron unos 142.000 soldados norteamericanos y cerca de 4 millones de coreanos. EE.UU. volvió a entrar en guerra años después, esta vez en Vietnam —donde la guerra escaló a partir de 1964—, ahora en apoyo de Vietnam del Sur y con argumentos de dudosa legalidad: los Estados Unidos no aceptaron los acuerdos de Ginebra de 1954 que preveían la reunificación de Vietnam del Norte y Vietnam del Sur para julio de 1956 por temor a que la reunificación supusiese la creación de un Vietnam comunista unificado.

Las ilusiones de 1945 se habían, pues, disipado. La guerra de Corea fue probablemente una guerra innecesaria. La agresión de Corea del Norte fue evidente; fue, en cambio, falso que ello respondiera, como sostendría la diplomacia americana, a una política de expansión de la Unión Soviética o de China (que sólo intervino cuando la contra-ofensiva norteamericana amenazó sus

fronteras). La guerra de Vietnam fue, en palabras del diplomático estadounidense George Kennan —el primer ideólogo de la política de «contención del comunismo» de la posguerra— el mayor desastre de la historia norteamericana. Obsesionados por la «teoría de dominó» —la tesis de que si «caía» Vietnam, «caerían» a continuación Camboya, Laos, Tailandia, Birmania e Indonesia—, los Estados Unidos llegarían a colocar en Vietnam un ejército de 543.000 hombres. Lanzaron sobre Vietnam tres veces más bombas que en toda la II Guerra Mundial. A partir de 1970, extendieron la guerra a Camboya y Laos, países neutrales, para cortar la penetración hacia el sur del ejército de Vietnam del Norte y las rutas de apoyo al Vietcong, la guerrilla comunista que operaba en Vietnam del Sur. Todo fue inútil; carentes de legitimidad moral, condenados por la opinión internacional y por buena parte de la propia sociedad norteamericana, los norteamericanos perdieron la guerra. En 1971 iniciaron negociaciones en París con representantes de Vietnam del Norte y del Vietcong, al tiempo que iniciaban la retirada de sus tropas y, paralelamente, el reforzamiento del ejército de su aliado Vietnam del Sur. Una ofensiva final de Vietnam del Norte, ya en marzo de 1975, puso fin a la guerra y dio paso a la unificación de Vietnam como República Socialista de Vietnam: para entonces habían muerto unos 58.000 soldados norteamericanos, cerca de un millón de norvietnamitas y unos 220.000 survietnamitas; además, Camboya cayó en poder de la guerrilla comunista de los Jemeres Rojos, uno de los regímenes más brutalmente represivos de la historia⁹.

Amparada por el intenso anti-comunismo de la posguerra (cuya manifestación interna fue el «mccarthysmo», la campaña de denuncia de «comunistas» en el gobierno y en los medios culturales e intelectuales dirigida por el Senador Joseph R. McCarthy entre 1950 y 1954), la guerra de Corea fue todavía aceptada por la opinión norteamericana, lo que no ocurriría, como enseguida veremos, con la guerra de Vietnam. El consenso último de la sociedad sobre los valores y principios del sistema norteamericano no se alteró hasta la década de los 60. Las administraciones Truman (1945-53) y Eisenhower (1953-61) fueron, de hecho, muy poco activas en política interior, beneficiadas por la extraordinaria prosperidad económica del país. La legislación social entonces aprobada no añadió nada sustantivo a la obra de Franklin D. Roosevelt. Truman impulsó la construcción de viviendas baratas y puso fin a la discriminación racial en el Ejército. Eisenhower bajó los impuestos, equilibró los presupuestos y redujo sensiblemente el gasto público. Aunque la opinión liberal le pidió actitudes más decididas, mantuvo al menos las leyes antisegregacionistas cuando algunas

⁹ Para la guerra de Corea, Whelan, Richard: *Drawing the Line: The Korean War 1950-1953*. Boston, Little Brown, 1990; para Vietnam, Karnow, Stanley: *Vietnam: A History*. New York, Viking Press, 1983; McNamara, Robert: *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam*. New York, Times Books, 1995; Salisbury, Harrison E.: *Vietnam Reconsidered: Lesson from a War*. New York, Harper and Row, 1984; Schlesinger, Arthur M. Jr.: *The Bitter Heritage. Vietnam and American democracy 1941-1966*. Boston, Houghton Mifflin Company, 1967; Harring, George: *America's Longest War: The US and Vietnam*. Philadelphia, 1986.

autoridades locales defendieron medidas de segregación racial, primero en Alabama (en Montgomery, 1955) —donde una mujer negra fue arrestada por no ceder su asiento en un autobús a un blanco, hecho que dio lugar a un amplio movimiento de protesta de la población negra dirigido por Martin Luther King—y luego, en Arkansas (en Little Rock, 1957) donde con el apoyo del Gobernador, una escuela rehusó la entrada a varios niños negros. Aunque los síntomas del malestar moral que estallaría en los 60 habían comenzado ya a germinar (la tensión racial, el desencanto juvenil: la «generación *beats*», integrada por Jack Kerouac, autor de *En la carretera*, 1957, Allen Ginsberg, Gregory Corso, Lawrence Ferlinghetti y otros, con su énfasis en el uso de drogas y en el misticismo oriental, expresó de alguna forma el rechazo del conformismo que parecía impregnar la vida americana de la posguerra; el *rock-and-roll*, la primera gran manifestación de la contracultura musical de los jóvenes, nació a mediados de los 50), los años 50, la era Eisenhower, fueron años tranquilos, que la sociedad norteamericana recordaría luego —en los 90—con nostalgia¹⁰.

Por el contrario, y pese a que las administraciones demócratas de Kennedy (1961-63) y Johnson (1963-69) iban a ser probablemente las más reformistas de la segunda mitad del siglo XX —la «Nueva Frontera» de Kennedy suponía un ambicioso programa de derechos civiles, exploración espacial, educación, asistencia médica para la tercera edad y legislación agraria; Johnson lanzó la «guerra contra la pobreza» y la «Gran Sociedad» y aprobó una gran Ley de Derechos Civiles en 1964, y en 1965 los programas de seguridad social *Medicare* y *Medicaid*, de asistencia sanitaria a mayores de 65 años e indigentes—, los años 60 fueron años de turbulencia, rebelión y crisis¹¹. Primero, y ante todo, por la guerra de Vietnam: entre 100.000 y 500.000 personas se manifestaron contra la guerra, primero en Nueva York, el 15 de abril de 1967, y luego en Washington, el 21 de octubre. Manifestaciones, «sentadas», ocupaciones de edificios, eslóganes alusivos, insignias antibelicistas: la escalada de protestas contra la guerra se extendió entre 1967 y 1974 por todos los «campus» universitarios del país. Cuatro estudiantes resultaron muertos en la Universidad de Kent (Ohio) el 4 de mayo de 1970 cuando la Guardia Nacional abrió fuego contra una de aquellas manifestaciones¹². Como reflejarían películas como *El cazador* (1978) de Michael Cimino, *Apocalypse Now* (1979) de

¹⁰ Véase, por ejemplo, Baker, Russell: *The Good Times*. New York, Morrow, 1989; para Truman, Hamby, Alonzo: *Beyond the New Deal. Harry S. Truman and American Liberalism*. New York, Columbia University Press, 1973. Sobre Eisenhower, Ambrose, Stephen: *Eisenhower*. New York, Simon and Schuster, 1984, 2 vols.

¹¹ Para Kennedy, véase Reeves, Richard: *President Kennedy: Profile of Power*. New York, Simon and Shuster, 1993 y Schlesinger, Arthur M. Jr.: *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*. Boston, Houghton Mifflin Company, 1965, y del mismo: *Robert Kennedy and His Times*. Boston, Houghton Mifflin Company, 1978. El Libro esencial sobre Johnson es Caro, Robert: *The Years of Lyndon B. Johnson: The Road to Power*. New York, Alfred A. Knopf, 1982, y del mismo: *Lyndon B. Johnson: Means of Ascent*. New York, Alfred A. Knopf, 1990

¹² Stone, I.F.: *The Killings at Kent State. How Murder Went Unpunished*. New York, Vintage Books, 1971.

Francis Ford Coppola y *La chaqueta metálica* (1987) de Stanley Kubrick — por citar sólo las mejores entre muchas—, más centenares de libros, novelas y ensayos, Vietnam provocó una profunda crisis de la conciencia americana; devino pronto una obsesión, una metáfora de la historia y la realidad norteamericanas, y cuestionó, a través de un intenso ejercicio de introspección y crítica, los propios valores sobre los que supuestamente se fundamentaban los Estados Unidos (cuya política exterior, por ejemplo, sería ahora vista retrospectivamente, y sin razón, como una mera afirmación desde el siglo XIX de ambiciones imperiales y hegemonismo militar): «no sabíamos quiénes éramos hasta que vinimos aquí [Vietnam]», hacía decir Robert Stone al protagonista de su novela *Dog Soldiers* (1974), una de las mejores novelas sobre aquella guerra.

Vietnam coincidió, además, con otras manifestaciones igualmente profundas del malestar moral y social de la sociedad norteamericana, expresión sin duda de los amplios cambios que se estaban produciendo en su interior y de sus múltiples contradicciones. Los años 60 vieron la movilización definitiva de la población negra —bajo el liderazgo de Martin Luther King— en demanda de sus derechos civiles, movilización que culminó en la gigantesca marcha (200.000 personas) sobre Washington de 23 de agosto de 1963 en la que M. L. King pronunció un emocionante discurso que inició con las palabras —inmediatamente célebres— «yo tengo un sueño»¹³. Vieron también la aparición de la «Nueva Izquierda», un vago y efímero movimiento político de estudiantes blancos de clase media y activistas radicales negros, que combinaba ideas sociales, humanistas y anarquizantes y que quiso denunciar el «sistema», las estructuras del poder norteamericano, la sociedad del bienestar, la desigualdad racial y Vietnam. Los años 60 vieron, además: 1) la aparición de la «contracultura», formas de rechazo del conformismo norteamericano cuyas manifestaciones fueron los hippies, el uso de drogas, el culto al amor y el misticismo, y cuyo hito pudo ser el festival musical de Woodstock de 1969; 2) la irrupción del «poder negro» y de manifestaciones de violencia y «separatismo» del «nacionalismo» negro (especialmente, tras la creación en 1966 de las Panteras Negras, un partido político dirigido por Huey P. Newton y Bobby Seale, que recurrió a la violencia y el terrorismo como formas de acción bajo la influencia de las ideas y tesis de Malcolm X, un carismático líder radical que no creía en la posibilidad de la integración racial defendida por M. L. King); y 3) la cristalización de los movimientos de liberación femenina (*La mística femenina*, de Betty Friedan, se publicó en 1963¹⁴; la Organización Nacional de Mujeres nació en 1966; en 1972 el gobierno dio dinero a las universidades para que promoviesen la «acción afirmativa» en apoyo de las mu-

¹³ Una excelente introducción al problema racial en perspectiva histórica es Polenberg, Richard: *One Nation Divisible: Class, Race and Ethnicity in the US since 1938*. New York, The Viking Press, 1980.

¹⁴ Otro libro clásico, *The Female Eunuch*, de Germaine Greer, apareció en 1972.

jeros) y finalmente, de los movimientos de defensa de los derechos de los homosexuales¹⁵.

El asesinato en 1963 del presidente Kennedy —un político contradictorio y más conservador y «duro» de lo que, tras su asesinato, proyectaría el «mito» creado sobre su persona, pero en todo caso, una personalidad de indudable atractivo político y humano que con su entusiasmo y dinamismo revigorizó la Presidencia—conmocionó a la país; pareció marcar el fin del «sueño americano». El asesinato de Martin Luther King en 1968 hizo dudar de que la igualdad racial pudiese ser alguna vez realidad (de ahí, los numerosos motines de protesta que, tras su muerte, estallaron en numerosos barrios y ghettos negros del país, y el ascendiente que, por unos años, tendrían las ideas radicales de Malcolm X, asesinado a su vez por otro grupo negro radical, y de las Panteras Negras). La prolongación hasta 1974 de la guerra en Vietnam, la denuncia por los propios medios de comunicación norteamericanos de las atrocidades cometidas allí por las tropas estadounidenses, el enorme coste económico de la guerra —responsable, por ejemplo, de la primera crisis inflacionista seria desde 1945—y los abusos que pronto se asociarían con la administración Nixon, el astuto y turbio político republicano y conservador que ocupó la Presidencia entre 1969 y 1974, culminaron el estado de crisis en que el país parecía haberse sumido¹⁶.

Nixon, en efecto, devaluó el dólar en 1971 y 1973, una medida saludable y necesaria pero que la opinión pública entendió como el principio del fin del poderío norteamericano. En Vietnam, Nixon, primero extendió la guerra (a Camboya y Laos) y los bombardeos de «saturación» contra Vietnam del Norte; luego, en 1971, inició la retirada gradual de las tropas norteamericanas y las negociaciones para lograr un alto al fuego. Obsesionado por la crisis norteamericana —Vietnam era la primera derrota militar de Estados Unidos en la historia—, alarmado por el crecimiento de las contraculturas radicales de los 60, Nixon, un hombre nacido a la política en la atmósfera de histérico anticomunismo de los años 1947-55, toleró (si no ordenó) medidas ilegales de control y vigilancia sobre los grupos radicales, sobre los líderes negros y sobre los movimientos anti-Vietnam. En 1972, colaboradores de la Casa Blanca y miembros del Comité para la Reección de Nixon procedieron ilegalmente a vigilar las actividades del Partido Demócrata; descubiertos, el propio Nixon participó en las operaciones para destruir la evidencia incriminatoria y «tapar» el escándalo (el escándalo Watergate, un complejo de hoteles y centros de reunión de Washington donde se reunía el comité del Partido Demócrata). Revelado el escándalo por la prensa —por los periodistas Bob Woodward y Carl Berns-

¹⁵ Una visión periodística, lúcida y muy crítica en Stone, I.F.: *In a Time of Torment, 1961-1967*. Boston, Little Brown, 1989; para los 60 en una dimensión comparada es excelente Marwick, Arthur: *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States c.1958-c.1974*. Oxford University Press, 1998.

¹⁶ Ambrose, Stephen: *Nixon*. New York, Simon and Schuster, 1991, 3 vols.; Wills, Garry: *Nixon Agonistes: The Crisis of the Self-Made Man*. New York, New American Library, 1979.

tein—abiertas las consiguientes investigaciones judicial y política, Nixon optó por dimitir (9 de agosto de 1974) antes de ser procesado y cesado por el Congreso y el Senado: era el primer presidente que lo hacía desde el procesamiento y destitución de Andrew Johnson en 1868¹⁷.

«Watergate» marcó así —a los ojos de los propios norteamericanos y de gran parte de la opinión mundial— el punto más bajo de la crisis norteamericana. Los hechos podían, sin embargo, tener otra lectura: fue la movilización de buena parte de la sociedad norteamericana contra la guerra lo que había impuesto finalmente la retirada de Vietnam; fueron los mismos medios de comunicación norteamericanos quienes revelaron las prácticas ilegales de Nixon y su entorno y quienes forzaron el enjuiciamiento del Presidente por las propias instituciones democráticas del país (Departamento de Justicia, Congreso, Senado). Hasta cierto punto, por tanto, la salud de la democracia norteamericana había, de hecho, salido triunfante del desafío que supusieron la doble crisis de Vietnam y Watergate y las turbulencias de los años 60 y primeros años 70. En política exterior, por ejemplo, el Secretario de Estado de Nixon, Henry Kissinger, un europeo convencido de que la política norteamericana debía regirse ante todo por criterios de *realpolitik* y por el más puro pragmatismo, por las ideas de balanza de poder y reconocimiento de zonas de influencia para las potencias (esto es, no por valores y principios o morales o humanitarios o ideológicos), había conseguido no pocos éxitos: relativa distensión con la Unión Soviética, aproximación entre Israel y Egipto como clave para la paz en Oriente Medio — el punto más conflictivo de la posguerra—, reconocimiento de China comunista, un acontecimiento de indudable trascendencia para el orden internacional¹⁸. Otro ejemplo; con el «proyecto Apolo», los Estados Unidos habían ganado la «carrera del espacio»: en 1969, el Apolo XI, mandado por un civil, Neil A. Armstrong, llegó a la luna.

4. LA RESTAURACIÓN CONSERVADORA

Los Estados Unidos tardaron, con todo, en superar su crisis. En los años 70, además, la crisis económica (inflación, encarecimiento de la gasolina —tras el alza en un 200 por 100 de los precios del petróleo decidido por los países productores en 1973—, desempleo, elevación de las tasas de interés, pérdida de algunos mercados especialmente significativos como el del automóvil) se agudizó, y extendió la creencia en y el temor nacional al fin de la prosperidad económica norteamericana. Los presidentes Ford, republicano (1974-77) y Carter, demócrata (1977-81), fueron presidente débiles, ineficaces, decepcionantes.

¹⁷ Bernstein, Carl, Woodward, Bob: *All The President's Men*. New York, Simon and Schuster, 1973.

¹⁸ Véase del propio Kissinger, Henry: *Diplomacy*. New York, Simon and Schuster, 1994; y Isaacson, Walter: *Kissinger. A Biography*. New York, Simon and Schuster, 1992.

Carter, un sudista profundamente cristiano y moralista, quiso vincular la política exterior norteamericana, no a la *realpolitik* conservadora de Kissinger, sino a la defensa de los derechos humanos, y suspendió la ayuda a países hasta entonces aliados que no lo respetaban. Su administración logró que Israel y Egipto firmaran la paz (acuerdos de Camp David, 26 de marzo de 1979) y puso en marcha el proceso de devolución del Canal de Panamá a este país. Pero el desequilibrio que en el orden internacional se produjo en aquellos años en beneficio del expansionismo soviético (invasión de Camboya por el nuevo Vietnam prosoviético en diciembre de 1978; penetración soviética y cubana en Angola, Mozambique y Etiopía; revolución shiíta antioccidental en Irán, uno de los bastiones de los Estados Unidos en el Golfo Pérsico, en enero de 1979; revolución sandinista en Nicaragua en junio de ese año; invasión de Afganistán por la U.R.S.S. en diciembre de 1979; amplio despliegue de misiles soviéticos contra Europa), le desacreditó totalmente, sobre todo tras el estrepitoso fracaso en abril de 1980 de la misión militar norteamericana enviada a Irán para rescatar a 66 ciudadanos norteamericanos retenidos como rehenes desde el año anterior por el nuevo régimen iraní.

La crisis de los 60 y 70 provocó una reacción conservadora en el país, probablemente no tanto un cambio profundo en su sensibilidad moral y política cuanto el retorno de la «mayoría» de la nación que había permanecido «silenciosa» durante los años de crisis y agitación, y que ahora reaparecía movida por el deseo de afirmación de los valores y principios básicos de la sociedad norteamericana y de recuperación de la autoridad y el prestigio internacionales de los Estados Unidos, tras la derrota de Vietnam y el «fiasco» de la crisis de los rehenes en Irán. Fuese como fuese, el voto de las clases medias conservadoras (irritadas por la extensión de la permisividad moral y sexual de las décadas anteriores y por el aumento de la criminalidad y la violencia en las ciudades), de la derecha religiosa y de parte del «establishment» moderado, voto cimentado sobre el pensamiento neo-conservador elaborado por exliberales decepcionados por la Nueva Izquierda de los 60 (Irving Kristol, Norman Podhoretz, la revista *The New Republic*,...) y sobre las ideas del monetarismo económico de Milton Friedman, llevó a la presidencia en 1981 al republicano Ronald Reagan, un ex-actor de origen escasamente distinguido y antiguo gobernador de California, un conservador de ideas simples y optimismo «eterno», un gran «comunicador» (en un país en cuya política contaban ya más la imagen, la publicidad y la habilidad ante las cámaras de televisión que las ideas y los programas políticos), que galvanizó al país con su optimismo sencillo y cordial, sus frases jocosas y afortunadas, sus críticas al exceso de intervencionismo gubernamental y su actitud desafiante frente a la Unión Soviética¹⁹.

¹⁹ Cannon, Lou : *President Reagan. The Role of a Lifetime*. New York, Simon and Schuster, 1991, Wills, Garry: *Reagan's America: Innocents at Home*. New York, Doubleday, 1988. Para el malestar de parte de la opinión liberal bajo Reagan, Hughes, Robert: *Culture of Complaint. The Fraying of America*. Oxford University Press, 1993.

Reagan redujo los impuestos y el gasto social —al tiempo que aumentaba el gasto militar y relanzaba la carrera espacial—, controló la inflación, gracias a la política de «dinero caro» del Banco de la Reserva Federal y a la caída por sobreproducción de los precios del petróleo, desregularizó el mercado de trabajo y redujo al mínimo el intervencionismo gubernamental en la economía (lo que favoreció las grandes fusiones empresariales y bancarias, y revitalizó el ciclo económico y la actividad bursátil, a pesar de que ésta sufriría en octubre de 1987 su mayor caída desde 1929). El cambio fue fulminante. La inflación cayó del 12 por 100 en 1979 al 2,2 por 100 en 1986; la tasa media de crecimiento del Producto Nacional Bruto entre 1980 y 1992 fue del 2,7 por 100; el desempleo bajó a niveles inferiores al 8 por 100. Los años 80 fueron, probablemente, la década de mayor crecimiento económico en toda la historia norteamericana.

Reagan aumentó considerablemente el gasto militar, rearmó y apoyó a las guerrillas contrarrevolucionarias de El Salvador y Nicaragua, invadió en 1983 la minúscula isla de Granada para liquidar el régimen pro-castrista allí establecido, envió en 1982 tropas al Líbano y en 1986, aviones americanos bombardearon Libia en una exitosa operación de castigo contra un régimen al que los Estados Unidos culpabilizaban de estar detrás de muchos actos de terrorismo internacional y de interferir en Oriente Medio, Túnez, Chad y Marruecos. El 23 de marzo de 1983, Reagan anunció la Iniciativa de Defensa Estratégica (la «guerra de las galaxias» como se la conoció de inmediato), un ambicioso y costosísimo sistema de defensa frente a la fuerza nuclear soviética.

Aquel formidable despliegue de fuerza —que dispararía el déficit público estadounidense— tuvo una consecuencia decisiva: reveló la total incapacidad de la economía soviética para hacer frente al nuevo desafío norteamericano. La llegada de la poder en la U.R.S.S. en 1985 de un nuevo equipo dirigente encabezado por un político pragmático y reformista, Mikhail Gorbachov (tras la gravísima crisis de liderazgo que la Unión Soviética sufrió desde 1982, con la muerte de sus principales dirigentes: Breznev, Andropov y Chernenko), significó el fin de la guerra fría y la victoria de los Estados Unidos en ella. Gorbachov renunció a la carrera de armamentos, anunció que las tropas soviéticas no intervendrían más en Europa del Este y procedió a la inmediata retirada de las ayudas financieras y militares a sus estados satélites. Reagan, y luego su sucesor Bush (que ocupó la presidencia entre 1989 y 1992), entendieron a la perfección la situación internacional y los problemas de la U.R.S.S., sostuvieron a Gorbachov y negociaron con él no ya la reducción de armas nucleares y convencionales, sino incluso el apoyo económico y financiero internacionales a la reforma y reestructuración del imperio soviético.

En 1989 se establecieron ya regímenes no comunistas en Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Alemania del Este y Rumanía. La revolución nicaragüense fue derrotada en las urnas en 1990. En 1991, la misma Unión Soviética se disolvió en un total de 15 estados. Cuando en agosto de 1990, Irak invadió Kuwait, los Estados Unidos, bajo la presidencia de George Bush, lideraron con el mandato

de las Naciones Unidas una gran fuerza multinacional —que incluía tropas de países occidentales y de países árabes— que, mandada por el general Norman Schwarzkopf y tras una guerra breve y demoledora basada sobre todo en el bombardeo masivo y continuado con misiles desde aire, mar y tierra de las posiciones, comunicaciones y retaguardia iraquíes, derrotó a Irak en febrero de 1991. Vietnam, la «guerra fría», parecían ya historia. Los Estados Unidos emergían en la década de los 90 como la única superpotencia: ellos promovieron y dirigieron —con el concurso de Gorbachov— la gran conferencia que para la paz en Oriente Medio entre árabes e israelíes tuvo lugar en Madrid en octubre de 1991. Nunca había sido más cierto que el siglo xx era el siglo americano.

5. IMPERIO Y NACIÓN

La reacción conservadora de los 80 había devuelto a los Estados Unidos la confianza en su propia capacidad como nación y en las posibilidades de su economía, de su sistema político y de su fuerza militar para liberar el mundo. Pudo incluso argumentarse que la desaparición de la Unión Soviética, la caída del comunismo, suponían el fin de la historia, esto es, que el mundo sería en adelante un mundo regido, como querían los Estados Unidos, por la democracia liberal y la economía de mercado²⁰. Pronto se vería que eso no era así. Tras la desaparición del comunismo, el mundo siguió siendo un mundo conflictivo. El sucesor de Bush, el presidente Clinton, un joven demócrata cuyas ideas y personalidad se habían forjado en el kennedismo y la contracultura de los 60, que ocupó la presidencia entre 1992 y el año 2000, tendría que hacer frente a graves problemas internacionales en múltiples y complejos escenarios, a veces mediante acciones estrictamente diplomáticas, otras con intervenciones militares: Oriente Medio, Corea, Irak, los Balcanes (primero, en Bosnia; luego, en Kosovo), África. En los años 90 los Estados Unidos mandaban en el mundo: el aislacionismo del país —algo que había tentado al propio Clinton cuya victoria electoral en 1991 se debió en buena medida a la atención que prestó a los problemas domésticos de la sociedad norteamericana— era de todo punto imposible²¹.

Cuando terminaba el siglo xx, la economía norteamericana era la economía más dinámica y fuerte del mundo. Los Estados Unidos dominaban el comercio, las inversiones y las comunicaciones mundiales. Figuraban, ciertamente, en vanguardia de la formidable revolución tecnológica que se estaba produciendo

²⁰ Fukuyama, Francis: *El fin de la historia y el último hombre*. Brcelona, Planeta, 1992. Poco antes, Paul Kennedy había publicado un libro de gran éxito (*The Rise and Fall of The Great Powers. Economic Change and Military conflict From 1500 to 2000*. New York, Random House, 1987) en que presentaba a los Estados Unidos como un imperio en «relativo declive».

²¹ Para los comienzos de la administración Clinton, Woodward, Bob: *The Agenda: Inside the Clinton White House*. New York, Simon and Schuster, 1994.

desde los años 80 asociada a los ordenadores, las computadoras personales, las biotecnologías, la tecnología digital e Internet. Las grandes universidades norteamericanas (Harvard, Yale, M.I.T., Columbia, Princeton, Stanford...) habían sin duda desplazado a las universidades europeas como centros de la investigación científica y del pensamiento académico. Desde los años 20, el cine de Hollywood —un cine de una eficacia y calidad narrativas incomparables, entendido y pensado como gran espectáculo sobre la base de «estrellas» fulgurantes— se convirtió en la forma de entretenimiento popular más influyente del planeta: sus géneros —comedias, musicales, westerns, thrillers, cine bélico, cine de aventuras, dibujos animados...—, sus estrellas, sus directores, conquistaron casi de inmediato la imaginación de todos los públicos. Nueva York y su espectacular arquitectura de rascacielos, varios de ellos (Empire State, Chrysler Building, Rockefeller Center, Twin Towers...) verdaderos iconos de la modernidad, era desde 1945 el epicentro de la vida contemporánea.

Primero, la «generación perdida» de los años 20 (la literatura de Hemingway, Steinbeck, Dos Passos, Scott Fitzgerald, Faulkner...) y la música de jazz; luego el «expresionismo abstracto» de la posguerra (la pintura de Jackson Pollock, Motherwell, De Kooning, Clyfford Still), enseguida la generación «beat» ya mencionada y la música «rock» y sus derivados, el Pop Art de los 60 (Lichtenstein, Warhol, Oldenburg), el neo-dadaísmo de Rauschenberg y Jaspers Johns, individualidades como los escritores Saul Bellow, J.D. Salinger, John Updike, Truman Capote, Norman Mailer o Tom Wolfe (y autores dramáticos como Eugene O'Neill, Arthur Miller, Tennessee Williams o Edward Albee) — a los que desde los años 70 y 80 irían sumándose los escritores y artistas de las generaciones nacidas o aparecidas después de 1945: Paul Theroux, John Irving, Richard Ford, Raymond Carver, Paul Auster, Don De Lillo, David Levitt, Jay McInerney, Brett Easton Ellis—, habían hecho de la cultura norteamericana uno de los núcleos esenciales de la cultura del siglo xx. Modas y usos de la vida cotidiana norteamericana (los «vaqueros», la Coca-Cola, las hamburguesas...) se habían universalizado. La prensa y los medios de comunicación norteamericanos (*New York Times*, *Wall Street Journal*, *Time Magazine*, *New Yorker*, *CNN*, *ABC*, *CBS*, *NBC*, *Washington Post*...) marcaban en gran medida la «agenda» de la información mundial²².

Pero además de un imperio, los Estados Unidos eran una nación. Como era lógico, los problemas domésticos contaban para la sociedad norteamericana mucho más que las responsabilidades de la política mundial. Libros como *The Affluent Society* (1958) del economista John Kenneth Galbraith —que criticaba las debilidades del sector y los servicios públicos del país— y como *The Other America* (1962) de Michael Harrington —que demostró que un 20-25 por 100

²² Bradbury, Malcolm, Temperley, Howard: *Introduction to American Studies*. London, New York, Longman, 1981, es una buena introducción a la historia cultural de los Estados Unidos. Baughman, James: *The Republic of Mass Culture: Journalism, Film-Making and Broadcasting in America since 1941*. Baltimore, 1992, estudia específicamente la cultura de masas.

de la población vivía por debajo de la línea de pobreza— habían puesto ya de relieve algunas de las contradicciones de la prosperidad norteamericana. En 1990, el sociólogo Kevin Phillips argumentó en *The Politics of Rich and Poor* que las rentas de los sectores menos prósperos del país (unos 40 millones) habían disminuido en un 10 por 100 entre 1979 y 1987, mientras que las de los sectores más favorecidos habían aumentado en un 16 por 100. Según datos oficiales, el 14,5 por 100 de los norteamericanos vivía en 1992 por debajo de la línea de pobreza (si bien, estimada en 16.611 dólares anuales por familia)²³.

En 1985, el número de personas encarceladas por delitos comunes era de 464.000. El uso de drogas (cocaína, «crack») era general. 52 personas murieron en los violentísimos disturbios raciales que estallaron en Los Angeles en la primavera de 1992 cuando un Tribunal declaró inocentes a unos policías que habían golpeado salvajemente el año anterior a un joven negro, Rodney King. Seis personas murieron en el World Trade Center de Nueva York en febrero de 1993 como consecuencia de un atentado perpetrado por terroristas árabes. 72 miembros de una secta religiosa —los «davidianos»— murieron en Waco (Texas) en abril de ese mismo año, cuando agentes del F.B.I. intentaron asaltar la sede de la secta. Un terrible atentado con explosivos perpetrado el 19 de abril de 1995 en un edificio de Oklahoma City por miembros de una milicia paramilitar de extrema derecha mató a 166 personas. Un perturbado que firmaba *Unabomber* y que enviaba discrecionalmente cartas-bomba mantuvo en jaque a la policía del país durante 17 años (1978-1995). El segundo periodo de la presidencia Clinton (reelegido en 1995) estuvo marcado por los escándalos sexuales —y antes, económicos— del presidente, que en 1998 tendría que responder ante el Congreso y el Senado de gravísimas acusaciones (perjurio, obstrucción de la justicia, abuso de poder) formuladas por el fiscal Keneth Starr, supuesto delitos anticonstitucionales en los que el Presidente podría haber incurrido al mentir para ocultar un asunto sexual particular (su relación con la joven becaria Monica Lewinsky), asunto que la opinión norteamericana conoció con toda exactitud y con toda clase de detalles íntimos y salaces a través de los medios de comunicación.

La paradoja era, pues, flagrante. Hegemonía mundial, afluencia económica, hipermodernidad, parecían haber llevado a la sociedad norteamericana (desde la perspectiva del fin del siglo XX) a un clima social de malestar moral, de neurosis —como, en el caso de ciertos sectores de la sociedad neoyorkina, mostraba el cine casi siempre genial de Woody Allen— con manifestaciones visibles y lacerantes: problemas raciales, bolsas de pobreza, alta criminalidad, uso casi libre de armas de fuego (y mantenimiento de la pena de muerte en 38 de los 50 estados), violencia juvenil, crisis de la familia, proliferación de sectas y cultos religiosos «lunáticos» y extraños. En su novela *In the Beauty of the Lilies* (1996) —la historia de los Wilmot a lo largo del siglo: el primero, Clarence, ha-

²³ Para la «pobreza» en Estados Unidos, véase Patterson, James T.: *America's Struggle Against Poverty 1900-1985*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1986.

bía sido cura en una pequeña localidad de New Jersey y luego, vendedor de enciclopedias; su hijo, Teddy, cartero; la hija de éste, Essie, gran estrella de Hollywood; su hijo, Clark, terminaba en una secta como la de los «davinianos» antes citados—, John Updike hacía decir a un inmigrante italiano que los Estados Unidos eran un país «duro» pero que uno era allí «libre», sin otra tiranía que la del «dinero». El crítico de arte Robert Hughes titulaba el último capítulo de su gran obra *American Visions* (1997) —una historia épica del arte norteamericano (serializada para televisión por la BBC)— «la edad de la ansiedad», en que argumentaba que en los años 70, 80 y 90, la memoria de Vietnam, la obsesión por la identidad de grupo (minorías étnicas, movimientos feministas) y la destrucción del idealismo norteamericano habían generado un clima de ansiedad moral en el país, como reflejarían movimientos artísticos como el minimalismo y mejor, la obra inquietante siempre —y a veces descoyuntada— de artistas como Bruce Nauman, Phillip Guston, Eric Fischl, y Louise Bourgeois²⁴.

El hecho era que los Estados Unidos constituían —para bien, para mal— el paradigma, como ha quedado dicho, de la «sociedad abierta» del siglo xx: país de inmigración, excepcional movilidad social, sociedad profundamente democrática. Con todas las contradicciones que se quiera, la cuestión, a fines de este siglo, era por qué los Estados Unidos prosperaban tanto. Para el economista Robert A. Levine, había ante todo cinco razones: los Estados Unidos eran un enorme mercado unitario; su filosofía pública (como ya se mencionó al principio) era antitética con todo tipo de dirigismo estatal; tenían una incomparable fluidez social basada en la capacitación personal; eran un país de inmigración; y su sistema educativo era el más adaptado a las necesidades y exigencias del mercado²⁵. Para el filósofo británico Alan Ryan, era precisamente el sistema universitario norteamericano con su combinación de educación superior de masas y centros de excelencia para las élites (unas 3.500 universidades, centenares de titulaciones distintas, salarios y costes de matrícula muy diferentes según los centros, máxima flexibilidad en la elaboración de cursos, años de estudio y asignaturas...) la razón última del inagotable capital humano sobre el que se apoyaba el «excepcionalismo norteamericano», por volver a la expresión de Lipset usada al principio²⁶.

Visto el dinamismo y creatividad de la cultura norteamericana en el xx —la literatura, el cine, la medicina, la ciencia, el pensamiento económico, la cultura de masas, etcétera—, cultura que no es otra cosa, según el filósofo español Ortega y Gasset, que el sistema de ideas vitales de un país, Alan Ryan llevaría razón.

²⁴ Hughes, Robert: *American Visions: The Epic History of Art in America*. London, The Harvill Press, 1997, pp. 541-620.

²⁵ Levine, Robert A. «Questions and Answers: Why Does America Prosper So?», *International Herald Tribune*, 17 marzo 1999.

²⁶ Ryan, Alan: «The American Way», *Prospect*, agosto/septiembre 1999. Un interesante planteamiento sobre la ascendencia de los Estados Unidos en el siglo en Zunz, Olivier: *Why the American Century?* Chicago, The University of Chicago Press, 1998.